

de la intimidad humana donde radica la libertad moral. Desde estas bases doctrinales y solamente desde ellas, es posible pulverizar la concepción positivista de la Historia formulada a imagen de las leyes biológicas de la evolución. El principio histórico voluntarista, de que el «querer» del hombre origina nuevas etapas, creaciones inesperadas y espléndidas, radicales novedades en el curso de los tiempos, constituye la única doctrina posible para una inteligencia esencial de la Historia.

Semejante doctrina no excluye la admisión de un sistema férreo, violento, durísimo, de tensiones cósmicas y sociales que condicionan al individuo o a las colectividades humanas. Lo inaceptable es admitir ese condicionamiento como ilimitado, como absoluto, constituirlo en nervio de la Historia, originando así una visión determinista y mecánica del proceso histórico. Podemos admitir que los límites impuestos al hombre por la Naturaleza o el medio social operan activamente sobre su conciencia y su desenvolvimiento. Podemos incluso aspirar—remota aspiración—a formular algún día las leyes de ese condicionamiento. Pero es preciso reconocer en el hombre una capacidad de resistencia al cosmos y al ambiente, una cualidad ascética de reacción, cuyas raíces son siempre individuales, y en la que se origina la voluntad de lucha. Jaeger, en «Paideia», concibe el protagonista de la tragedia como dotado de voluntad para resistir al destino. Justamente esa es la esencia trágica de la Historia.

El hombre puede ser vencido o puede vencer, cuando se opone a las presiones del mundo exterior—cósmico o social—. La libertad moral constituye siempre la trama de su derrota o de su libertad. En todo caso, el hombre hace la Historia.

El mundo histórico es, pues, el mundo de la voluntad.

